

CARLOS V

Premio Europeo

DISCURSO DE TZVETAN TODOROV DURANTE LA CEREMONIA DE ENTREGA DEL PREMIO EUROPEO CARLOS V 2008 – SIMONE VEIL



Majestades, Presidente de la Junta de Extremadura y de la Fundación Academia Europea de Yuste, Presidente del Parlamento Europeo, Ministra, Padre Prior, Mme. Simone Veil, académicos (compañeros de academia), señoras, señores, me corresponde el gran honor de hacer el discurso de investidura en nombre de los nuevos académicos de la Academia Europea de Yuste, Vaclav Havel, escritor, dramaturgo y Expresidente de la República Checa, Manuela Mendonça, Presidenta de la Academia Portuguesa de la Historia, Inge Feltrinelli, Reportera gráfica y Presidenta de la Editorial Feltrinelli, Monica Luisa Macovei, Ex Ministra de Justicia de Rumania, Carmen Iglesias Cano, Académica de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de España; Martti Ahtisaari, Ex Presidente de Finlandia, Federico Mayor Zaragoza, ex Director General de la Unesco y Presidente de la Fundación Cultura de Paz, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, Ex Presidente de la Junta de Extremadura y

CARLOS V

Premio Europeo

Fundador de la Fundación Academia Europea de Yuste, y en el mío propio. A todos ellos gracias por la confianza que me depositan en tan honorable labor.

La Unión Europea existe ya, con un formato u otro, desde hace más de medio siglo, y todos conocen las grandes líneas de su organización política y administrativa. Sabemos bien que no se trata de un pueblo único ni de un Estado centralizado, como buscaban los proyectos anteriores de unificación de nuestro continente, tales como los de Carlomagno o Carlos V, Napoleón o Hitler. En cambio, no existe acuerdo unánime cuando nos preguntamos en qué consiste nuestra unidad cultural y espiritual. Se recuerda, naturalmente, la tradición racionalista y democrática griega, el Estado y la legislación romanos, la espiritualidad cristiana, pero ninguno de esos legados permite identificar Europa con claridad. En primer lugar, porque hay muchas otras características de su historia, y no siempre gloriosas, que forman parte integrante de su imagen. Además, porque esas características dieron lugar a jerarquías distintas entre países e incluso entre regiones de un mismo país. Por último, porque el pasado por sí solo no decide una identidad, ya sea colectiva o individual: la voluntad de actuar en el presente y en el futuro contribuye mucho también a ello.

Se podría partir precisamente de este hecho: la identidad espiritual de Europa no conduce a borrar las culturas particulares ni las memorias locales. Su unidad reside más bien en su manera de administrar las diferentes identidades regionales, nacionales, religiosas o culturales que la constituyen, dándoles un nuevo estatuto y aprovechando esa misma pluralidad. Esa identidad espiritual consiste no en una lista de nombres propios o en un repertorio de ideas generales, sino en la adopción de una misma actitud ante la diversidad. Pero, ¡cuidado!: si la única característica de la identidad europea consistiera en la aceptación de lo diverso, sería una identidad muy débil, ya que podría dar cabida a cualquier ingrediente extraño. En realidad, la identidad reside, no en la diversidad por sí misma, sino en el estatuto que se le

CARLOS V

Premio Europeo

concede. Así es como un rasgo negativo y relativo se convierte en una cualidad positiva absoluta, la diferencia se convierte en identidad y la pluralidad en unidad. Porque, por paradójico que pueda parecer, se trata de unidad: de una forma de darles el mismo *estatuto* a las diferencias.



La ventaja de la pluralidad estriba en que favorece la libertad de cada uno de pensar y de juzgar. Quien no conoce más que las normas de su país está obligado a someterse a ellas; cuando, por el contrario, tiene ocasión de comparar entre normas diversas, distingue más fácilmente los prejuicios o la moda de lo que es justo y verdadero. Al mismo tiempo, la existencia de distintos Estados de un tamaño comparable impide la instauración de un imperio o de un poder centralizado. Esta división supone a veces un freno al desarrollo, pero en general las ventajas superan a los inconvenientes. Recordemos cómo Cristóbal Colón consigue realizar su viaje inaugural: rechazado por un primer príncipe, el de Portugal, este genovés va a ver a un segundo (el rey de Inglaterra), luego a un tercero (el rey de Francia) y a un cuarto (en España), antes de encontrar en la reina Isabel de Castilla a la mecenas de sus expediciones. Si Europa

hubiera sido un imperio unificado, el rechazo del primer y único príncipe habría significado el final de sus proyectos. Igualmente, la censura impuesta en un país ha podido soslayarse por publicaciones en el país vecino: afortunadamente los dirigentes, temporales o espirituales, no están nunca completamente de acuerdo entre ellos.

La identidad europea se basa en la renuncia a la violencia; este principio puede considerarse hoy como algo adquirido. Pero el reconocimiento de la pluralidad interior no se limita a la ausencia de hostilidades armadas. La proximidad de los otros no sólo no es ya una amenaza, sino que se convierte en una fuente de beneficios. En el seno de la Unión, no todos los Estados tienen el mismo peso, pero todos se pliegan a la misma justicia. Por ello los estados más poderosos se ven obligados a ayudar a los que son más débiles: los derechos no dependen de la fuerza.

La política de la Unión Europea en relación con los países del resto del mundo no puede tener por principio la igualdad estricta, pero se puede inspirar en un ideal de equidad. Esta es una “igualdad matizada”, una justicia en el sentido moral y no jurídico. A diferencia de la igualdad, la equidad tiene en cuenta el pasado y el futuro de una relación, su contexto actual, las necesidades y aptitudes de los participantes. En el territorio europeo, los residentes de países extranjeros no pueden tener los mismos derechos que los ciudadanos, pero no habría que olvidar sin embargo que son seres humanos como los demás, animados por las mismas ambiciones y aquejados de las mismas carencias. Si consigue mantener este rumbo, la Unión Europea servirá de ejemplo a otras regiones del mundo por su forma de gestionar las relaciones entre sus múltiples miembros.

El continente europeo lleva el nombre de una joven, Europa, que Zeus, transformado en toro, raptó y abandonó en la isla de Creta, donde ella tuvo tres hijos. Pero Herodoto cuenta una versión mucho más realista de esta leyenda. Según él, Europa,

CARLOS V

Premio Europeo

hija del rey Agenor de Fenicia (territorio que corresponde al Líbano actual), fue raptada no por un dios sino por hombres bien corrientes, los griegos de Creta. Vivió después en Creta, donde dio origen a una dinastía real. Por tanto, es una asiática que vino a vivir en una isla del Mediterráneo la que le dará nombre al continente. Esta denominación parece anunciar, desde los tiempos más remotos, la futura vocación de Europa. Una mujer doblemente marginal se convierte en su emblema: es de origen extranjero, es una desarraigada, una inmigrante involuntaria; habita en la periferia, lejos del centro de las tierras, en una isla. Los cretenses la convierten en su reina; los europeos en su símbolo. El pluralismo de los orígenes y la apertura a los otros se convirtieron en la marca de Europa.

*Tzvetan Todorov
(18 de junio de 2008)*